

# ¿Te has venido a Francia, Pepe?

RELATOS DE NUEVOS INMIGRANTES ESPAÑOLES

COORDINADORES: JULIA SÁNCHEZ-RODRÍGUEZ,  
RALF JUNKERJÜRGEN, TRINIDAD BONACHERA ÁLVAREZ,  
JOCHEN MECKE, HUBERT PÖPPEL



COLECCIÓN: MÁQUINA DE LAS PALABRAS

# La pausa del café

David Serra Asensio

—Oye, ¿y de qué parte de España eres?

—De Barcelona.

—¡Ah, Barcelona! ¡Me encanta Barcelona!

Desde que vivo en Francia he tenido la misma conversación miles de veces. A todo el mundo le gusta Barcelona. ¿Por qué será? ¿Por el recuerdo agradable de un viaje de fin de semana? ¿Por los edificios de Gaudí? ¿Por la playa? ¿Por el Barça, quizás? ¿O es simplemente una moda? En todo caso, cuando digo que soy de Barcelona, la mayoría de franceses me responden con sonrisas y palabras amables. A veces siento que no lo merezco. Quiero decir: «¿qué he hecho yo para ganar esta corriente de simpatía?» Nada. No escogemos el lugar donde nacemos. Pero si apenas podemos elegir el lugar donde vamos a morir. Además, hay que reconocer que tampoco me identifico demasiado con la imagen latino-fiestera-guay que muchos franceses tienen de España.

La última persona que me confiesa su amor platónico por Barcelona es Frédéric, un joven profesor de inglés del instituto de Lyon donde he empezado a trabajar esta semana. Son las diez de la mañana de un miércoles cualquiera y la actividad en la sala de profesores es frenética. Es la hora de la pausa, un breve paréntesis para tomar un café de máquina, hacer fotocopias, charlar con los compañeros... Y sobre todo perder de vista a los alumnos durante quince minutos.

Frédéric tiene un aspecto tan exageradamente hípster que a veces me parece una caricatura. Lo ob-

servo con interés mientras doy sorbos al café. Es alto y delgado, de unos treinta y cinco años, y su forma de vestir mantiene un difícil equilibrio entre la elegancia y la provocación. No podían faltar las gafas de colorines ni la barba rubia. La mayoría de los profesores de mi alrededor se queja de una clase difícil o de algún alumno en particular. Otros se quejan del Gobierno o de los impuestos. La cuestión es quejarse de algo. En Francia tener una actitud muy crítica te hace parecer inteligente e interesante. Fue una de las primeras cosas que aprendí cuando vine a vivir aquí.

—Me gustaría mucho ir a Barcelona... —me explica mi nuevo compañero Frédéric—. De España solo he visitado Madrid. Y la verdad es que no me gustó mucho.

—Ah, ¿no?

—Es que no encontré nada de interesante en Madrid... No hay edificios históricos. Creo que se debe a la Guerra Civil, ¿no?

—¿Qué quieres decir? —le pregunto un poco descolocado.

—He leído en algún sitio que la mayoría de los edificios antiguos de Madrid quedaron destruidos durante la Guerra Civil española. ¡*Voilà!*<sup>29</sup> Por eso no encontré nada de interés.

Hago esfuerzos para mantener la seriedad mientras Frédéric me explica estas chorradas. Si se me escapa la risa seguro que se ofende y no me conviene enemistarme con los otros profesores. Al fin y al cabo, soy nuevo en el instituto. Frédéric me continúa describiendo Madrid como una zona de guerra con los edificios medio en ruinas. Lo que más me sorprende es la seguridad que tiene en sí mismo. Yo nunca osaría acercarme a un francés y empezar a decirle cómo es París a partir de observaciones oscuras que he leído en internet. ¡Pero ellos sí que lo hacen! Les dices que eres

.....

<sup>29</sup> «¡Y ahí está!»

de Barcelona y no tienen ningún inconveniente en explicarte como es *tu* ciudad. Por ejemplo, muchos franceses me han comentado que en Barcelona los camareros solo hablan en catalán con los clientes. Y tú ya les puedes ir diciendo que eso no es verdad, que Barcelona vive del turismo y que no es lógico que un camarero se comporte así... Su confianza es tan gigantesca que nunca te creerán del todo. ¡Ya me gustaría a mí ir por el mundo con la seguridad que tienen muchos franceses!

—Bueno, Madrid tampoco fue Stalingrado... —le digo al profesor hípster con delicadeza, no se nos vaya a ofender—. Además, la Guerra Civil fue hace muchos años. Las zonas afectadas ya estarán reconstruidas.

—Mmm... ¿estás seguro? —me pregunta con desconfianza.

El timbre interrumpe nuestra jocosa conversación. Al menos Frédéric no me acabará convenciendo de que los edificios de Madrid son bloques de cemento de estilo soviético. Es hora de volver a clase. Los profesores beben el último sorbo de café y empiezan a salir de la sala cargados con sus maletas y documentos. Parece una procesión.

Compruebo por tercera vez el aula donde debo ir y echo un vistazo rápido a mi mochila para asegurarme de que no he olvidado nada. El libro de segundo, las fotocopias que he de distribuir a los alumnos... Una profesora pasa a mi lado y me dice algo sobre España. No la entiendo muy bien, así que me limito a sonreír y asiento con la cabeza. Cuando estoy distraído —y también cuando estoy comiendo— mi comprensión del francés se reduce, por lo menos, a la mitad. Lo tengo comprobado.

Ya hace cuatro años que vivo en Lyon, pero a veces aún tengo algún problemilla con el idioma. Es como si nunca llegara a dominarlo por completo. Quizás es porque lo aprendí tarde, a los veintisiete años. De adolescente no me interesaban los idiomas. Y, en prin-

cipio, nada indicaba que un día acabaría viviendo en el extranjero. Siempre había oído que, si me esforzaba, podía conseguir lo que quisiera. Todo mentira, claro.

La crisis del 2008 hizo añicos las ilusiones de mi generación y me pilló recién salido de la universidad. Fue como despertar de un sueño con una terrible resaca. Nos vimos obligados a reinventarnos, a cambiar de mentalidad. Y supongo que a mí me costó un poco... Como no encontraba trabajo como profesor sustituto, decidí prepararme las oposiciones. Durante un año me encerré en una biblioteca y me negué a plantearme otras opciones. O profesor de Historia o nada. Yo era el primero de mi familia que había ido a la universidad y no estaba dispuesto a trabajar de camarero o de cajero en un supermercado. Pero lo de las oposiciones terminó mal. La Generalitat de Artur Mas amenazó durante meses con anular la convocatoria de 2011. Los políticos, armados con sus tijeras de los recortes, repetían siempre el mismo mantra:

—No hay dinero para profesores. No hay dinero para profesores.

Finalmente hubo oposiciones, pero dividieron entre tres el número de plazas. Recuerdo que hice un cálculo y había unos veinte aspirantes por cada plaza. Es decir, que aprobar era casi misión imposible. Y yo me quedé con un 4,95 de nota. Un año tirado a la basura.

Al año siguiente la Junta de Andalucía convocó cuatrocientas plazas de profesor de Historia. ¡Seis veces más que en Cataluña! Estaba convencido de que esta vez conseguiría mi objetivo. ¿Y por qué no? Me había preparado bien el temario. Ya me imaginaba viviendo en algún lugar a orillas del mar, como en Málaga. Pero, una vez más, las decisiones de los de arriba iban a perjudicarme. La misma noche en que terminaba el plazo de inscripción, el Gobierno del PP anuló la convocatoria andaluza alegando que era «inconstitu-

cional» contratar a tantos profesores en tiempos de crisis... Los mismos políticos que acabarían en la cárcel por corrupción nos repetían que «había que apretarse el cinturón».

Harto de todo, hice las maletas y me fui a Francia. Apenas hablaba la lengua y no tenía ningún contacto en Lyon, pero sentía que tampoco tenía nada que perder. ¿No dicen los chinos que la palabra crisis y la palabra oportunidad se escriben igual? Pues a veces hay que hacer caso a los chinos. En Lyon trabajé en la vendimia y también hice de reponedor en un supermercado. Es decir, el tipo de trabajos que me negaba a hacer en Barcelona. Aprendí francés como pude y conocí a gente interesante. Y unos meses después empezaron a llamarme para hacer substituciones de profesor de español en varios institutos. Y desde entonces no me ha ido mal. Todo lo que mi país en crisis y arruinado no me podía dar lo encontré en el extranjero.

Los recuerdos me han distraído. Miro la sala de profesores vacía y me siento desorientado. A veces me parece estar viviendo una vida que no es la mía. A ver, céntrate... ¿A qué clase tengo que ir? Con los nervios, no lo recuerdo bien... Vuelvo a consultar mi horario y salgo pitando. En el pasillo me cruzo con una secretaria con pinta de amargada que me lanza una mirada dura. Su cara me transmite un mensaje codificado: «Estos españoles vagos siempre son los últimos en ir a trabajar...». Le digo adiós con incomodidad.

Mientras estoy subiendo las escaleras, oigo un fuerte bullicio. Viene del piso de arriba.

—Que no sean los míos, por favor... Que no sean los míos —me repito mentalmente.

Cuando abro la puerta del aula 201 compruebo que, efectivamente, son mis alumnos.